

LOS SANTOS DEL FÚTBOL

DIOSES DE LA PELOTA

Incluye entrevista exclusiva a Ricardo Bochini

El Bocha, el Diego y la sagrada camiseta número 10.
Dos iglesias les rinden culto.

Martín Piqué

Es periodista. Escribe en el diario *Tiempo Argentino*. Conduce el programa "Vayan a laburar" en las madrugadas de la AM 750. Trabajó en *Página/12* y ejerció la docencia en nivel secundario, polimodal y para adultos.

Se jugaban 39 minutos del segundo tiempo cuando la televisación del Mundial de México 1986 lo mostró de espaldas. La camiseta albiceleste llevaba un extraño número 3. El portador esperaba afuera, del otro lado de la línea de cal. El árbitro de la semifinal con Bélgica, el mexicano Antonio Márquez Ramírez, habilitó pronto el cambio. La pantalla registró el ingreso al campo de juego.

El saludo rápido con Jorge Burruchaga, viejo conocido de Independiente. La estampa de antihéroe, la impronta más de oficinista maduro que de jugador de elite, trotó entonces sobre el Estadio Azteca con su calvicie en la coronilla. Un rasgo de identidad que, en combinación con su apellido, reforzó el apodo de todas las canchas: "Bocha". Nombre completo: Ricardo Enrique Bochini. En el tablero electrónico Argentina ganaba 2 a 0. La crónica de aquella jornada inolvidable para el fútbol argentino se completó con la frase de bienvenida que le dedicó el entonces 'dueño' del equipo. El otro 10 que lo aguardaba en el césped. El astro y capitán que ese día había hecho los dos goles, como también en el partido anterior con Inglaterra. "Pase, maestro, lo estábamos esperando", fue el saludo que recibió de Diego Armando Maradona.

La semifinal Argentina-Bélgica de 1986 coronó una admiración mutua que había tenido un primer gesto casi una década atrás, en los días en que Bochini brillaba en el Rojo y Maradona se lucía en Argentinos Juniors como la estrella emergente del torneo local. Con la intermediación de Hugo Saggioratto, ex mediocampista de Independiente que había pasado a Argentinos, la estrella nacida en Villa Fiorito se acercó a Bochini y lo invitó a cenar.



Quería conocer al futbolista que admiraba desde siempre. Saggiolato, ex compañero mío que ese momento jugaba en Argentinos, vino a buscarme a mi casa y me dijo: “Diego te quiere conocer. Quiere ir a cenar una noche con vos”. Después pasaron a buscarme por mi departamento con (Jorge) Cyterszpiller (representante y manager de Maradona en aquellos días, fallecido a principios de mayo de este año). “Fuimos a comer. Estuvimos charlando toda una noche”, recuerda hoy el propio Bochini en diálogo con *La Perla del Oeste*. “Yo lo que puedo contar sobre Diego es que él siempre me admiró y lo dijo en todos lados en donde le preguntaron. Y así sigue siendo hasta ahora”.

Las historias de Bochini y Maradona se cruzaron varias veces a lo largo de los años. Tuvieron varios puntos en común. Una de esas coincidencias, impensada cuando todavía se calzaban los cortos y dejaban incrédulos a los hinchas, tiene un costado religioso.

Los dos 10 más queridos del fútbol argentino -cada uno

con su historia, con sus colores, su personalidad y su modo de jugar- inspiraron a los fanáticos que los admiraban a fundar un culto profano en su nombre. Una religión nueva. Una Iglesia que cumplía con todos los ritos. Que reunía a sus creyentes alrededor de ceremonias muy puntuales. Que disponía de textos con máximas elaboradas para rendir homenaje al jugador que les había hecho vibrar el alma, que les había hecho gritar goles irrepetibles. En el caso del volante que brilló en Argentinos, Boca, Barcelona y Nápoli, la religión que lleva su apellido fue creada por acta fundacional el 30 de octubre de 2001: la llamaron “Iglesia Maradoniana”.

La idea surgió de un grupo de amigos, la mayoría periodistas deportivos, todos apasionados del fútbol, que se reunían periódicamente a hablar de su pasión en un emblemático bar de Rosario, el Paso Sport Café de la calle Pellegrini. El núcleo inicial estaba conformado por Héctor Amez, Héctor Campomar y Alejandro Vera.

“Éramos un grupo de maradonianos que siempre nos juntábamos en el Paso Sport. Era una relación de fútbol. Enseguida vimos que el vínculo en común de todos era la idolatría que teníamos hacia Diego”, cuenta Amez. La ocurrencia de fundar un nuevo tipo de sincretismo -organizado en torno a Maradona- había pasado por las cabezas de sus apóstoles y profetas varios años antes, en 1998. Sin embargo, la propuesta se consolidó recién en 2001, acicateada por la situación personal del astro, por entonces en pleno proceso de desintoxicación.

“Diego estaba en Cuba, un poco desligado de la gente, con la que tenía poco contacto. Y se sabía poco de él. Entonces se nos ocurrió hacer una reunión de maradonianos más amplia, en la que le diéramos participación a más gente. Empezamos a ver qué podíamos arreglar con los maradonianos de la ciudad de Rosario. En una de esas reuniones, yo propuse invitar a gente de otros lugares. Como no había whataspp ni facebook, teníamos una política de mails. Así se dio la difusión, de que un grupo de maradonianos se iba a juntar”, rememora Amez.

Como todo culto que se precie, como toda religión que busque sumar y multiplicar adeptos, las Iglesias Maradoniana y Bochinesca tienen su decálogo particular de mandamientos.

Uno de los primeros acuerdos fue que Maradona era, sin dudas, el Dios del fútbol. El siguiente paso fue desechar la alternativa de crear una peña con su nombre. “Si Diego era Dios, yo propuse que hiciéramos la Iglesia. Porque peña tenía que ver con la guitarrita, los folkloristas y el malambo, y nosotros no teníamos nada que ver con eso. Los tres seguimos discutiendo hasta que yo propuse hacer una votación. Y en la votación, dos le ganaron a uno”, cuenta Amez. El acta fundacional se fechó, así, durante un nuevo aniversario del nacimiento de Diego (30 de octubre de 1960) y el método para numerar los años se inspiró en el A.C. y D.C. (antes de Cristo y después de Cristo) de la mitología cristiana que impera en Occidente. De ese modo,

la Iglesia Maradoniana existe, oficialmente, desde el 30 de octubre del año '41 (D.D., Después de Diego). “Los tres (por Amez, Campomar y Vera) empezamos a darle forma a la Iglesia. Organizar algo así llevaba mucho trabajo: una de las primeras tareas fue armar un altar maradoniano”, relata Amez. El altar, que era portátil, consistía en una pieza de madera que parecía un pesebre. Tenía la forma de un templo con techo a dos aguas y al frente exhibía dos columnas, lo que le daba un aire neoclásico. En el interior contenía una silueta de Diego con la camiseta de la Selección y un gran número 10 como único decorado del fondo.

Aquel primer altar sufrió daños durante un viaje a Chile. En la película *Maradona by Kusturica*, estrenada en Buenos Aires en 2008, aparece otro similar, construido en reemplazo. Una tercera pieza, móvil, destinada a los pedidos, los rezos y las ofrendas -esa es la genealogía de los altares religiosos-, se utilizó en 2005 en el documental *Amando a Maradona*, del director argentino Javier Vázquez.

“Diego se enteró de la existencia de la Iglesia Maradoniana estando en Cuba. Le habían llevado una antena especial para poder ver la televisión argentina. Vio la celebración religiosa por TV, le cayó en gracia, le gustó y se reía. Nos lo contó después la gente que lo visitaba ahí. Y a la que le gustó y le cayó muy bien fue a la madre, la Tota (Dalma Salvadora Franco, fallecida en 2011, a sus 81 años). A raíz de eso fue que nos contactaron algunos de los cercanos a él. Entonces vieron que nuestra actividad no perseguía ningún otro fin que demostrar el cariño y la adoración que, la verdad, sentimos por él todos los maradonianos”, completa Amez.

De Rosario a Wilde. Maradonianos y bochinescos

Si el culto a Maradona tuvo su gestación en Rosario, la “Iglesia Bochinesca” nació en el sur del Gran Buenos Aires. Fue en el año 2006. El propio homenajeado vincula su fundación con la localidad de Wilde. El Club Atlético Independiente tiene en esa localidad un complejo deportivo; en sus instalaciones se realiza la colonia de vacaciones de verano. Por supuesto, hubo cierta inspiración en el antecedente de la religión que endiosa a Diego. “Fue algo lindo en su momento, cuando la Iglesia Bochinesca apareció. Después dejé un poco de ir. Lo organizaba la gente de Wilde. Hacían eventos y cosas. Después no se hizo mucho más nada y quedó ahí. Pero lo más importante fue que la gente, cada uno, brindara su cariño. Eso era fuerte”, recuerda Bochini en diálogo con *La Perla del Oeste*.

El mejor jugador de la historia de Independiente, el que

llevó al club a catapultarse como Rey de Copas, recibió muchos homenajes a lo largo de su carrera. Todavía se emociona al revivir las escenas de su llegada al barrio Villa Angus, en la ciudad natal de Zárate, a su regreso de Italia y tras haber marcado el único gol del partido frente a la Juventus. Corría el mes de noviembre de 1973. Independiente había obtenido la Copa Intercontinental. “Estaba todo Zárate pero especialmente mi barrio. Fue toda la gente, la municipalidad. En todas las calles salía la gente a saludarme. Ese fue el día más lindo que yo recuerdo, si me preguntan por un homenaje que me hayan hecho. Tuve muchos homenajes. Es impresionante”, cuenta. Bochini obtuvo 2 títulos Nacionales, un Metropolitano, la Liga de 1988/89, 4 Copas Libertadores, 3 Copas Interamericanas y 2 Copas Intercontinentales, en 19 años de carrera. Con Maradona, por supuesto, compartió el plantel que salió Campeón del Mundo en 1986. “Lo que más extraño de todo lo que significa ser futbolista, es la cancha. Estar adentro de la cancha. El juego, eso. Cuando entraba a la cancha y quería jugar”, confiesa.

A Bochini le gusta hablar de fútbol. Se define como un “10 ofensivo” que, a mediados de los ’70, llevaba la pelota pegada al pie, con una precisión quirúrgica para dar pases. “Eran mis condiciones. Era rápido para esquivar gente. También podía mirar a un compañero para asistirlo desde cualquier parte en donde yo tuviera la pelota”, se describe. Cuando se le pide asociar su estilo con la manera de jugar de otros argentinos, no duda: menciona a Maradona, Lionel Messi y Juan Román Riquelme. “Yo no tenía, tal vez, una pegada como la de Messi. O la de Maradona y Riquelme. Ellos le pegaban desde más lejos, con más potencia. Yo no le pegaba tanto al arco, mi juego era gambetear. Llegar hasta cierto lugar del área, tratar de buscar a un compañero: a un volante que picara de atrás, a un delantero que hiciera la diagonal, o hacer una pared con el 9 para meterle un pase. Ese era mi juego”, resume. Los fieles de la Iglesia Bochinesca retienen en sus pupilas muchas jugadas, asistencias inesperadas que prueban los dichos del otrora organizador y factótum del fútbol del Rojo.

Mandamientos

Como todo culto que se precie, como toda religión que busque sumar y multiplicar adeptos, las Iglesias Maradoniana y Bochinesca tienen su decálogo particular de mandamientos. Para los fans del Diego, el primer precepto se concentra en un desagravio del propio Maradona: “Perdón, la pelota no se mancha.” El segundo mandamiento de los hinchas *maradonianos* es “amar el fútbol por sobre todas las cosas”.

El tercero es “declarar tu amor incondicional por Diego y el buen fútbol”. El cuarto mandamiento, “defender la camiseta argentina”. El quinto es ambicioso: “difundir los milagros de Diego en todo el universo”. De esos 10 mandamientos, que el Dios Yahvé delegó a Moisés con sus tablas de la ley, la acción más comprometida pasó a ser ponerle “Diego” como segundo nombre a un hijo.

Las religiones profanas rinden tributo a jugadores que hicieron felices a sus hinchadas. Se crearon para honrar a futbolistas que despertaron admiración y alegría en todo un pueblo.

Aunque no tan desarrollada y con muchos menos fieles, la Iglesia Bochinesca también fue creada como una religión. Por ende, en su condición de tal, tiene sus propios mandamientos. “Para mí, el primer mandamiento es jugar al fútbol para divertirse”, subraya Bochini cuando se le pregunta por el culto, una religión que no regula tanto las conductas de los hombres. “El segundo mandamiento es jugar con pasión. Esa sería la palabra. Jugar por el hincha, por la gente que va y hace sus sacrificios. Que llora y se alegra cuando ganás o perdés. Y el tercero, después, es respetar a todos. Tenés que respetar a tus compañeros. A los contrarios. Jugar para ganar no significa cargar a un rival, ni jugar para gozar. Hay que jugar para divertirse, con pasión y para querer ganar. En definitiva, el tercer mandamiento es no disfrutar de algo cargando a otro”, aconseja Bochini. Las rabonas, las gambetas endiabladas, siempre en línea recta hacia el arco contrario, los saltitos para evitar las patadas de karate de los rivales, los pases-gol, las paredes con *parceiros* como Daniel Bertoni o las asistencias lanzadas sin mirar, con los ojos observando para otro lado, podrían ser las imágenes -los íconos religiosos de un Vía Crucis festivo- de los *bochinescos*.

Experiencias similares se veneran en el caso de los *maradonianos*. Aunque en el caso de Diego habría que agregar el pique corto, el desparpajo y la gambeta a toda velocidad. ■